

LICENCIA DEL ORDINARIO.

México, Julio 15 de 1846.

Visto el anterior dictámen del Br. D. José Ignacio de la Cadena, sobre el Sermon que el R. P. Fr. Antonio Moncada dijo en la toma de Hábito de DOÑA MARIANA SAMANIEGO Y CANAL, concedemos la licencia que se pide para su impresion, bajo la calidad de que se inserten la censura, este decreto, y de que no salga á la luz pública sin que esté previamente cotejado por su aprobante. Lo decretó y firmó el Sr. Vicario Capitular.—M.—Patiño.—Dr. José Maria Covarrubias, Secretario.



VENI, SEQUERE ME. MATHE. 19. 21.

VEN, SÍGUEME.

A todos y á cada uno de los hijos de Adan ha dicho Jesucristo Señor nuestro: „Si quieres disfrutar la vida eterna, guarda mis mandamientos.” Pero á una alma valerosa que quiere pasar los límites de esta virtud ordinaria, le amonesta y le dice: „Si quieres ser perfecta, renuncia cuanto tienes y ven, sígueme.” Vos, Hermana carísima en Jesucristo, desde vuestros tiernos años habeis tenido la dicha de oír de su Magestad estas últimas palabras, las habeis escuchado atentamente, las habeis obedecido, y por eso estais pronta para dejar

de ser la SEÑORA DOÑA MARIANA SAMAMIEGO Y CANAL, y convertiros en la pobre Capuchina SOR MARIA DE LA LUZ CATALINA. Pequeña, delicada y enferma, habeis sido superior á grandes dificultades, á padecimientos terribles, á la exacerbacion misma de la enfermedad; y de todo ha triunfado vuestro amor á Dios, vuestra constancia, vuestra conformidad, vuestra paciencia. Sé bien que no he venido á formar el panegirico de vuestras virtudes; porque le toca formar lo al que pronuncie vuestro elogio fúnebre: sé bien que no he venido á lisongearos; esto sería empañar la luz del cielo con el polvo de la tierra; y sé que mi obligacion es recordaros la vuestra. Cuando he dicho que Dios os ha llamado, y que vos habeis venido, ha sido solo para convenceros de que os hallais en el caso de considerar seriamente, hoy y por todo el año de vuestra probacion, lo que vuestro Esposo divino os dice en estas palabras „Ven, sigueme:” *Veni, sequere me;* porque en ellas se contiene la esencia del Estado Religioso que pretendéis abrazar. Vereislo brevemente.

MEMO. SEÑOR.

NOTAD, Hermana mia, notad con el cuidado mas atento, que Jesucristo ha dicho: *Dejad todas las cosas y despues venid á mí;* para enseñaros, que el que ha dejado su casa, sus padres, sus parientes, sus amigos, su libertad, sus gustos y su hacienda, todavía no ha dado un paso en el camino de la perfeccion, si conserva el amor ó algun apego hácia las mismas cosas que dejó. Porque solo se tocan los principios de la imitacion de Cristo con renunciar los afectos de nuestro corazon; y esto está significado por su Magestad en esta espresion: *Veni, Ven á mí;* y solo puede llegarse hasta la cumbre de la perfeccion, por el deseo constante, por el fervoroso anhelo con que se aspira siempre á conseguirla; y por eso nos dice Jesucristo: *Anda siempre en pos de mí: sequere me.* Os hablaré con mas claridad. Llamada á ser Esposa del Perfecto por esencia, debeis en vuestro tanto ser perfecta, comenzando á cumplir este deber, por de-

jar limpio vuestro corazon de todas las pasiones y de todo afecto al pecado, por mínimo que sea, siguiendo y consumando este deber con anhelarlo siempre fervorosamente.

Si, **Hermana** dilectísima, debiendo uniros á nuestro amable Redentor Jesus como á vuestro Esposo divino, su Magestad ha de fijar su asiento, su deliciosa morada y su tálamo nupcial en el recinto de vuestro corazon, y debéis por lo mismo desprenderle de todas las pasiones terrenas, y de todo afecto al pecado, por mínimo que sea.

Si Dios nuestro Señor se contentara con que la casa de su habitacion se pintara por fuera, y se adornara con algunas flores y algunas colgaduras, no tendria yo que decir; porque os hallais provista de estos preparativos: habeis dejado las galas con que se cubren ordinariamente los tabernáculos de la pasion y el vicio, y estais ya revestida de un hábito santo, y encubierta con su sagrado velo, y presentada con la mayor modestia y gravedad; pero Dios no

quiere esto solamente: su Magestad os pide, que al adorno exterior de su palacio corresponda en sus dentro la limpieza y la hermosura: quiere sí, que en vuestro corazon haya mas inocencia, mas pureza, mas humildad, mas propia abnegacion, mas pobreza y mas penitencia que la que representan vuestras vestiduras; y os lo exige con tal necesidad, que si al escuchar los clamores de que el Esposo viene, salierais á recibirle con todo ese aparato venerable, y no le presentarais vuestro corazon adornado de todas las virtudes y lleno de caridad, os desecharia con enojo, y mandaria cerraros las puertas de sus bodas.

Porque es muy cierto, carísima **Hermana**, que si habeis de recibir á vuestro divino Esposo, como su Magestad mismo lo manda, debéis estar dispuesta con una penitencia verdadera; y es igualmente cierto, que solo es verdadera la del corazon. Los suspiros, las lágrimas, las oraciones, las mortificaciones, las promesas, los votos, la misma confesion y satisfaccion, no forman ni constituyen una verdadera penitencia,

cuando no tiene parte el corazon, ó cuando no ha tenido todo el influjo que debia tener; pues por una desgracia todo lo dicho suele practicarse, sin haber triunfado antes de las pasiones terrenas, y dejando su fuerza de costumbre á la mas dominante. Y en este caso, digo, aunque practiquemos acciones las mas generosas y grandes, las mas heroicas; aunque sacrifiquemos mil tesoros, aunque derramemos la sangre y aunque demos la vida, nada, nada puede agradar á un Dios amante que espresamente nos pide el corazon.

Los judios se humillaban, se postraban en tierra, se cubrian la cabeza con ceniza y rasgaban sus vestidos en señal de penitencia, y, sin embargo, los reprendia el Profeta, porque haciendo pedazos sus vestidos, no rompian ni quebrantaban sus duros corazones. Por esta causa, el único cuidado que tuvieron todos los Santos, fué que su corazon se conservara siempre al nivel de la ley de Jesucristo, sin escuchar jamás la voz de las pasiones. Y si, como sabemos, se ejercitaron tanto en la oracion y en ma-

cerar la carne, que las noches enteras pasaban meditando las verdades eternas y avasallando el cuerpo con austeridades sangrientas, todo esto lo miraban como un medio, ó como un instrumento para alcanzar el fin á que anhelaban, que era purificar su corazon de todo lo terreno y apartarlo de todo afecto humano. Porque sabian muy bien, que si las prácticas exteriores de piedad, devocion y penitencia, no se dirigen á este solo fin; ni tienen el valor que les conviene, ni producen efectos saludables.

Esta necesidad tan absoluta de limpiar los corazones de toda inclinacion pecaminosa y desasirlos de todas las cosas criadas, la encontrareis en la divina boca del Redentor del mundo, si meditais seriamente y buscáis el sentido verdadero en estas máximas santas, que él mismo, y sus Apóstoles por inspiracion suya, nos dejaron escritas en el Testamento nuevo: Es necesario que se niegue el hombre á sí mismo, que aborrezca su alma y la pierda en esta vida para ganarla en la otra: Es necesario romper las amistades mas estrechas y separarse aun del

padre y de la madre, si ellos estorban para la salvacion: Es necesario, para ser de Dios, crucificar la carne con todos sus deseos: Es necesario esforzarse para vencerse á sí mismo; porque el reino de los cielos no se conquista sino con violencia: de aquí dimana muy inmediatamente esta verdad que os repito: Es necesario que vuestro corazon se desprenda de todo lo terreno, para que Jesucristo vuestro Esposo se complazca en habitarle. Mas para conseguir estas renunciaciones, esta grande pureza, esta suma perfeccion que necesita una alma para ser digna Esposa de Jesus, el medio es anhelarlo, desearlo siempre con el mayor ardor. Y este es el fundamento, Hermana mia, de la obligacion que vais á contraer, esencial al estado religioso, de aspirar á ser perfecta, de seguir á Jesucristo vuestro divino Esposo como su Magestad os lo manda: *Sequere me.*



SEGUNDA PARTE.

LAS fervorosas ansias de una alma necesitada, siempre son escuchadas del Señor, y protegidas de su potente brazo; y al ver su Magestad un corazon dispuesto, luego aplica su diestra para sostenerle. Por tanto, el valor y la fuerza, el consuelo y alegría que tanto necesitais, jamás llegarán á faltaros, si meditais sériamente esta benigna y amorosa conducta del Padre celestial: aviva el alma sus deseos de santidad, al punto Dios le asiste con su gracia, y con la gracia todo le es posible.

Nadie consigue lo que necesita, sin tomar á este fin algun empeño; y ninguno se empeña, sin haber deseado antes conseguir. Desear, pues, una cosa, es el primer principio natural de llegar á conseguirla. Escuchad, pues, el motivo de que hayan perecido tantas almas: jamás desearon llegar á ser perfectas; por consiguiente, ningun medio pusieron para conseguirlo; se dejaron llevar de las pasiones, y éstas las con-